



Repensar nuestras prácticas

Luis Diego Salas Ocampo (*)

luis.salas.ocampo@una.cr

Quién hace lo mismo, no puede obtener resultados diferentes. Muchas personas han tenido que animarse a salir de la zona de seguridad en medio de la pandemia. Cuando lo inesperado toca a la puerta y cambia las certezas, el camino se pone más angosto y estrecho, hasta llegar a las encrucijadas.

No son pocos los científicos sociales que señalan que cuando los países han tenido que vivir a flor de piel problemas como guerras civiles, desastres naturales han fortalecido sus capacidades de comunicación y consecución de acuerdos. Esto ha permitido dinamizar sus estructuras productivas y educativas.

La solidaridad podría ser uno de los fenómenos que explica, entre otros, el fortalecimiento de esa destreza que permite sobreponerse al daño. Cuando el juego de las máscaras se acaba ante una desgracia compartida, llega el momento

en el que más allá de las diferencias, es posible construir a partir de lo común.

Si existe algo complejo, sin embargo, es transformar las prácticas. La cotidianidad, el desinterés y, eventualmente, también el desgano podría minar rutas de acción posibles. Repensar las prácticas país en relación con cómo se está educando, los parámetros de comunicación entre los sectores productivos y las estructuras de conocimiento y la utilidad de lo que se sabe son el inicio de rutas estratégicas para la dinamización educativa y productiva.

¿Cómo se está educando? Según el *Estado de la Nación* se inicia este curso con el mayor rezago educativo de aprendizaje de la historia del país. La lección es que algunos no han podido conectarse y hacer la transición a modelos educativos virtuales. De hecho, algunos académicos han ingresado atropelladamente a este entorno. La pregunta es ¿cuánto de lo que se ha innovado se encuentra sistematizado por las universidades, el MEP e investigadores en el campo, que

permitan buscar nuevas rutas de acción ante la incertidumbre que esta situación generará en el futuro inmediato? En la producción de conocimiento sobre el cómo se ha realizado hasta el momento es que se podrá construir el cómo se administrará este rezago que afectará a todos los niveles educativos del país.

¿Cuáles son los parámetros de comunicación entre los sectores productivos y las estructuras de producción de conocimientos? Si algo interesante ha tenido este período es que, en el marco de nuevas soluciones, distintos sectores se han ido acercando. Saber cómo lo que se enseña en colegios y universidades contribuye en mejoras de calidad, vinculación laboral e innovación de procesos y de productos del sector privado, se visualiza como una ventana de oportunidad que ayudará en dos vías. Por un lado, facilitará la clarificación del sentido de utilidad social de los conocimientos. Además, permitirá que las estructuras productivas sigan socializando los beneficios de su eficiencia y eficacia dentro de los

mercados a los que pertenecen. El desafío por vencer tiene que ver con la conciliación de los tiempos de gestión y los mecanismos para que las decisiones de sinergias entre ambos sectores puedan ser dinámicas y pertinentes en función sus necesidades.

La utilidad de lo que se sabe. La pandemia ha sido ese espejo que, queramos o no, hace que cada uno de los sectores pueda apreciarse más allá de lo que cree de sí. Ha quedado claro que hoy se presentan vacíos de conocimiento y que esto incidirá en las posibilidades de que las economías centradas en factores puedan dar el salto y convertirse en economías basadas en conocimientos.

Una economía resiliente, desarrolla dos recursos medulares que son la flexibilidad y la adaptabilidad a la incertidumbre. Eso no se presenta por generación espontánea sino en el marco de relaciones históricas entre los sectores. Es necesario, por tanto, seguir escribiendo futuro.

(*) *Catedrático Universidad Nacional*

Los retos en materia fiscal del país

Francinie Jimenez Ureña

francinie.jimenez.ureña@gmail.com

El déficit fiscal es un problema económico significativo para las economías pequeñas y en desarrollo como la costarricense. Esta situación se arrastra desde los últimos años y se agravó con el impacto de la covid-19, la cual generó una crisis sanitaria, económica y social. Esta situación obligó al país a aumentar sus gastos ordinarios, mientras sus ingresos se redujeron por el crecimiento desacelerado de las actividades económicas.

Para el período 2017 al 2020 los ingresos del gobierno central han aumentado en un 0,6%, mientras que los gastos totales en un 13,6%, según datos del Ministerio de Hacienda. El año 2020 fue atípico por las condiciones económicas del mercado nacional e internacional,

pues implicó que los ingresos y gastos totales decrecieran en 10,9% y 2,5%, respectivamente, comparados con el año anterior. Los rubros más representativos en ese período en términos de gastos correspondieron a las transferencias (medidas adoptadas para mitigar el efecto de la covid-19 en los estratos de menores ingresos), remuneraciones y, como tercer rubro, el pago de intereses (deuda interna y externa).

Esta tendencia de los últimos años implica que los gastos crecen con una mayor aceleración con respecto a los ingresos. No obstante, las cifras preliminares del 2021 reflejan un resultado muy positivo dado que el déficit primario fue de 0,3%, según datos del Ministerio de Hacienda. Este sería el escenario ideal: alcanzar una sostenibilidad de la deuda. Para lograrlo es imprescindible realizar ajustes fiscales en ambas vías (ingresos y gastos); sin embargo, se está apostando

a la implementación de diferentes proyectos de ley (empleo público, de renta global dual y demás) enfocados únicamente en la contención del gasto del sector público.

Pero realmente el problema fiscal es solo un tema del gasto del sector público, y si bien es cierto no es perfecto, se debe reestructurar en algunas áreas. Al desagregar los ingresos, el mayor peso corresponde a los ingresos tributarios. En los últimos cinco años apenas tienen un crecimiento del 12,4%, lo cual representó el mayor incremento en el año 2019 (cuando se aplicó la ley 9635); el aumento de la carga impositiva tuvo incidencia directa en los mismos sectores económicos de siempre: los trabajadores y la clase media, mientras que las grandes corporaciones se acogen a amnistía tributaria o simplemente evaden el pago de los impuestos. El término de socarse la faja en época de crisis aplica solo para los

trabajadores, la clase media, las pequeñas y medianas empresas y las instituciones públicas, con el consecuente sacrificio de los programas sociales que brindan atención a las diferentes poblaciones en vulnerabilidad.

El tema del déficit fiscal no es cuestión solo de un aumento del gasto público; el problema es que los ingresos no son suficientes para mantener la corrupción, los privilegios de unos cuantos y el cumplimiento de las obligaciones ordinarias del Estado. Se debe de plantear un reajuste estructural a los sistemas de recaudación tributaria para captar mayores ingresos de los impuestos; asimismo, valorar si realmente la cantidad de impuestos que existen actualmente hacen eficiente la recaudación.

(*) *Economista estudiante del Cinpe-UNA*